

LIBROS

DUNE

por Gabriel Trujillo Muñoz.

En la historia de la Ciencia Ficción hay pocas novelas que manifiestan en sus páginas un universo tan complejo, coherente y autónomo como Dune (dunas). Publicada primeramente como serial en la revista *Analog* a mediados de los años sesenta, se convirtió instantáneamente en un acontecimiento literario para los seguidores de este género. Dune incorporaba elementos de múltiples campos a su trama, desde la ecología como disciplina básica, hasta un estudio del fenómeno mesiánico, pasando por el tema del éxtasis religioso por medio de alucinógenos, el de la política como visión maquiavélica, sin olvidar los ámbitos medievales de su acción.

Frank Herbert, su autor, ha dicho que esta novela es una extrapolación del mundo contemporáneo. Siguiendo esta premisa encuentro que los grupos políticos y sociales de Dune se ajustan más a esta definición que los personajes individuales. Para entender esto hay que mencionar su argumento: la humanidad se ha expandido por una gran parte del universo, en una época dada se lanza a una guerra santa, el Jihad Butleriano, una cruzada contra los ordenadores, máquinas pensantes y robots conscientes, por lo que para suplirlos se crea la Cofradía Espacial, cuyos miembros se encargan de los viajes espaciales gracias a su visión presciente, la Bene Gesserit, una orden religiosa femenina, cuyo objetivo es la dominación política por medio de la selección genética, y los mentat, seres humanos cuyas capacidades mentales los equiparan con una computadora, por lo tanto en este universo está prohibido construir máquinas que semejen a la mente humana, de ahí su carácter medieval, por eso la casta gobernante ha formado un imperio, cuyo emperador es de la casa de los Corrino, el resto de las casas nobles ve a Leto I, de la casa de los Atréides, como su dirigente. Este acepta al planeta Dune como su nuevo feudo por órdenes del emperador, sabiendo que Dune es una trampa que le tienden los anteriores dueños, los harkonnen y el propio emperador para deshacerse de él. A pesar de saberlo la trampa funciona y Leto I muere, no así su concubina Jessica, una bene gesserit, y su hijo Paul Atréides, quienes buscan refugio entre los Fremen, el pueblo libre desierto. Allí Paul se convierte en un mesías, a la vez que aprende la realidad metafísica de el desierto, y años después quita el poder a los harkonnen y destrona al emperador.

Hasta aquí todo parece coincidir con una historia de aventuras, excepto por la densidad de los personajes y los grupos políticos que aparecen. Así, lo primero que se nota es que toda la novela está inmersa en una atmósfera religiosa, ya que el Jihad Butleriano, por ejemplo, aunque tenga sus antecedentes en los luditas de principios del siglo XIX, con su odio al maquinismo, su carga emocional es religiosa, no económica, en grado sumo: es una guerra

santa al estilo del Islam militante, ya que los cerebros electrónicos son abominaciones, blasfemias contra dios, y por tal motivo son destruidos. La Bene Gesserit es otro ejemplo, como el mismo Frank Herbert lo afirma, esta orden religiosa está basada en los jesuitas y su deseo de hacer política a través de la religión, por lo tanto, está íntimamente relacionada, como consejera política, con las clases en el poder, pero sin dejar de implantar sus enseñanzas mesiánicas en todas las comunidades humanas y grupos marginales, como los fremen, ya que a través de la selección genética buscan su mesías, aquel que las llevará al poder absoluto en todo el universo humano. Este mesías, sin embargo, no obedece sus mandatos, pues Paul Atreides, Muad'Dib para los fremen, tiene sus propios planes, pero para llevarlos a cabo, después de la muerte de su padre, tiene que afrontar la prueba del desierto, porque Dune es arena infinita, desolación y falta de agua, en él sólo sobreviven aquellos que logran adaptarse y prosperar, por eso el viaje de Jessica y Paul por el desierto es un rito de iniciación, por el cual son aceptados por los fremen: han demostrado su aptitud de supervivencia en un universo que mide con otros parámetros, nada civilizados, el valor de la vida y de la muerte. No hay que olvidar que la historia y sus fuentes literarias siempre nos muestran que el bárbaro es el ser menos decadente, pues sus prioridades siempre son inmediatas, no pasan del aquí y el ahora, sin embargo, los fremen sin ser bárbaros son la contraparte de la decadencia encarnada por los harkonnen, son seres libres en un imperio universal y uniforme porque viven al margen del mismo, esperando su tiempo, aguardando su hora, por eso la metáfora que mejor los define es la del espejismo, podemos ver sus figuras, movimientos y actitudes, mas nunca localizamos de dónde provienen, quiénes son o a qué menesteres se dedican. El enigma es su emblema, las leyendas envuelven sus existencias, porque sólo ellos conocen la realidad de la arena, ya que esa realidad es la que los ha forjado y ha hecho de ellos lo que son.

Así Dune se presenta como un ecosistema autónomo y a la vez íntimamente relacionado con el resto de los mundos del universo de Herbert. Este vínculo se establece a través de la Melange, la especie geriátrica, que sería una mercancía de tanto valor como en la actualidad lo es el petróleo, por lo tanto su importancia política y económica es manifiesta. Por lo mismo Dune se constituye como un mundo colonizado y explotado, cuya materia prima es exportada por compañías transplanetarias a los mundos que pueden pagar su costo y distribuirla así según sus propios fines políticos.

En esta situación, los fremen aparecen como un pueblo con un largo historial de persecuciones (como los judíos), por lo que son campo fértil para el mesianismo. Paul Atreides usa esto a su favor, convirtiéndose en un mesías de procedencia extranjera que conoce las técnicas más avanzadas para el control individual y colectivo, todo el arsenal de la manipulación bene gesserit que su madre le enseñó.

Sin embargo, para llegar a ser mesías debe dejar de ser un hombre, debe acercarse al núcleo de lo divino, para lograrlo debe encontrar su propio camino hacia las visiones prescientes de su mente, debe conocer al tiempo en todas sus vertientes y encrucijadas, por tal motivo toma una dosis del agua de vida, un agua a base de melange, con lo que su acto se emparenta con las ceremonias de Eleusis y los rituales de María Sabina; a través de la droga toma contacto con el universo en toda su aterradora metamorfosis, es una experiencia mística, sin asideros, al fin ha conseguido darse cuenta de todo: pasado, presente y futuro, pero tal conocimiento encierra sus propias trampas, porque el saber lo que vendrá constriñe las posibilidades de cambio en el curso de los acontecimientos, delimitando el espacio de su acción sobre los mismos.

Muad' Dib podía realmente ver el futuro, pero hay que comprender que su poder era limitado. . . Y el siempre huía de la tentación de escoger un camino seguro y claro, advirtiendo: "Este sendero conduce inevitablemente al estancamiento".

Frank Herbert crea así un gran fresco mitopoético a partir de un universo creíble, donde fuerzas políticas, movimientos sociales, grupos étnicos y personajes terribles y ordinarios se unen para conformar, con un tono decididamente épico, una saga que mucho le debe a los antiguos poemas caballescicos. Pero Dune se contrapone en muchos aspectos a la literatura que encarna sólo una mitología, como *El Señor de los Anillos* de J.R.R. Tolkien, porque en Dune se pone en entredicho el fenómeno mitológico, al presentar éste con todas sus motivaciones y consecuencias, mostrando el mecanismo interno del poder, del cual el héroe es un simple engranaje, un eslabón vital, por eso, como en Ricardo III de Shakespeare, no importa quién destrone al tirano, quien lo haga y ocupe su lugar se convierte igualmente en un nuevo tirano, el poder sólo cambia de manos, pero la miseria humana continúa proliferando bajo ese nuevo reinado.

-Era guerrero y místico, feroz y santo, retorcido e inocente, caballeroso, despiadado, menos que un dios, más que un hombre. No se puede medir a Muad'Dib con los parámetros ordinarios. En el momento de su triunfo adivinó la muerte que le había sido preparada, y no obstante aceptó la traición ¿Puede uno decir que lo hizo por un sentido de justicia?, ¿Cuál justicia, entonces? . . .

Para introducirnos en tal universo, a pesar de la distancia en tiempo y espacio, Frank Herbert usa dos recursos: llega a configurarlo todo a través de una multitud de detalles, desde costumbres sexuales y las maneras de comer en un banquete, hasta el ritual de un duelo a muerte. Por eso este universo tiene una consistencia real, ya que la acumulación de datos, nimios o importantes, se presenta como una visión cotidiana, sin asombros: esto es así, esto se realiza de tal modo, etc., convirtiendo a Dune en un tapiz ricamente ornamentado, pero de líneas perfectamente trazadas.

Por otra parte, Herbert usa epígrafes al principiar cada capítulo, lo que le confiere una gran riqueza al argumento, ya que los epígrafes son casi siempre fragmentos de obras escritas años después de los acontecimientos que narran, por lo tanto, se obtienen las opiniones y actos de los personajes cuando están sucediendo en cada capítulo, a la vez que se lee lo que se escribirá de tales actos y opiniones cuando estos ya sean historia. Gracias a tales confrontaciones se logra atisbar lo ambiguo de la verdad, una verdad que uno descubre situada en esa tierra de nadie que se encuentra a medio camino del mito y de la historia.

Finalmente, no se puede soslayar la importancia del mensaje ecológico que Dune encierra, porque si hay un personaje total en esta obra éste no es otro que el planeta mismo, esa desértica inmensidad que constranamente se transforma, que siempre cambia su fisonomía sin nunca repetirse, un mundo cuyos habitantes conocen los ritmos secretos en que precariamente se sustenta la vida y saben vivir con ellos y a través de ellos, en ese delicado equilibrio que el ser humano y su medio ambiente logran mantener, sin que ninguno deje de cubrir sus propias e inherentes necesidades:

Mis pies han hollado un desierto Habitado por ondeantes espejismos. Voraz de gloria, ávido de peligro. He recorrido los horizontes de Al-Kulab viendo al tiempo nivelar las montañas. En su búsqueda y en su hambre de mí. . .

Frank Herbert: Dune

Ediciones Acervo, Barcelona 1982